



# Ochenta veces sueño

Juan Fernando Gutiérrez L.



Cortesía Departamento de Extensión Cultural

**H**ablar del cumpleaños número ochenta de la Emisora Cultural Universidad de Antioquia plantea varios retos desde el punto de vista temático. El primero tiene que ver con estar a la altura del proyecto: nada menos que la emisora cultural universitaria más antigua de Colombia, y una de las primeras en fundarse en Latinoamérica. El segundo, igual de difícil que el anterior, se ancla en lo que significa la radio, a secas: hablar de ese vehículo creado por el hombre en el siglo XIX, extensión de su imaginación y su memoria. Y el tercero, tema tratado el pasado mes de agosto por el editorial de la Revista Arcadia en su número 95 (una bella defensa de la radio universitaria), convo-

ca a una discusión: emisoras educativas versus emisoras comerciales.

Sobre este último tema, el artículo mencionado hace una clara y argumentada defensa de las emisoras educativas del país, aquellas pertenecientes, en su mayoría, a universidades. “Música para escorpiones”, como está intitulado el texto, dice cosas como ésta: “Sería ingenuo esperar que en la misma emisora en la que suenan Peter Manjarrés o Los diablitos, podamos oír las difíciles composiciones de Alfred Schnittke o de Sofía Gubaidulina”. Palabras ciertas que, más allá de una crítica a un tipo de música, reflejan dos realidades. Las emisoras comerciales están sustentadas en el rating y el dinero, y por esta dinámica no hay en ellas espacios para la divulgación de músicas de gusto no mayoritario o programas en profundidad con temas científicos, académicos o culturales. La otra realidad es que, gracias a las universidades y sus sistemas radiales, escuchar estas músicas o estos programas es posible. En concreto: el discurso se basa en defender las otras alternativas, ya que la ley del mercado no las brinda, y no en condenar que existan muchas y diferentes opciones radiales, porque las posibilidades nos vuelven más humanos y complejos, en sintonía con el pensamiento de Susan Sontag, y nos regalan el aprendizaje de la tolerancia.

Sobre el reto de hablar de la emisora inaugural de la radio educativa y cultural



en Colombia, el camino se hace difícil y exigente. Habría que ser justo con ochenta años de historia fantástica, en el sentido más literario de término, y con un proyecto que nació del deseo febril de profesores y de estudiantes, de una necesidad de conversar con el mundo, y de un experimento físico en las aulas. Siete años después del descubrimiento de las ondas de radio, hecho por el alemán Heinrich Hertz en 1887, un serbio realizó la primera demostración pública de una transmisión radial. La escena vivida, con los asombros y las felicidades, debió ser la misma que sintieron los profesores de la Universidad de Antioquia y algunos estudiantes en un mes remoto de 1933. Después de ese instante, se ha experimentado una sucesión de momentos decisivos: la llegada de los primeros equipos para el funcionamiento; la compra de miles de acetatos, casetes, discos compactos, y músicas de todo el mundo; la interrupción de los equipos el 9 de abril de 1948; algunos cierres temporales; el paso de grandes hombres, como Jorge Luis Borges; el crecimiento de su potencia y el nacimiento de su amplitud modulada (AM); el radioteatro en sus cabinas y las luchas políticas de los estudiantes; y la creación de las diferentes estaciones en algunas subregiones de Antioquia, que permiten un diálogo y un intercambio de programación constante (experiencia única en el país). Una lista amplia que comprueba lo difícil del reto, pues son escasos el espacio y las palabras y las descripciones para revivir y ser justos con la historia.

Me declaro, por el espacio, inhabilitado para referirme a estos dos temas con amplitud y profundidad, por lo que me dedicaré, de manera sucinta, al segundo reto que nombré al principio: hablar de la radio, sin más. Hablar de ese invento que nos permite soñar. Y lo haré como oyente,

con la impresión de alguien que acude con constancia a sus encantos. Estos ochenta años de la Emisora Cultural Universidad de Antioquia son una excusa para eso, para hacer justicia con un medio que ha servido para informar, educar, divertir, conversar, denunciar, acompañar, y para muchas otras acciones (la mayoría encomiables). Un medio que, por su naturaleza, obliga a la mayor de las exigencias con la imaginación: soñar con lo que se dice, con lo que se escucha: recrear en la mente, milimétricamente, escenas, la vida, con la única ayuda de la memoria y el sonido. Abrir los ojos para soñar, como diría el poeta Roberto Juarroz. Con los oídos atentos.

El tema lo expresaré en 3 razones para continuar amando (es amor) y seguir escuchando radio, esa hecha para que la música y lo que se dice nos vuelvan más humanos, más firmes, más escépticos y múltiples. Justo como la programación que hace diariamente la emisora que en este mes cumple ochenta vueltas de imaginación a la tierra.

## La música

*Días de radio*, la película donde Woody Allen presenta a sus personajes como una familia encantada con la radio, y con un gran descubrimiento, la música, es un buen epígrafe para hablar de la necesidad de escucharla. Para muchas generaciones, como aquella a la que pertenecen algunos de los protagonistas de la película, la radio fue el centro de sus casas y de sus vidas. Con este medio, con lo que salía desde su programación, se conocía el mundo y se ingresaba a un universo mágico propuesto por la música. La misma radio ha servido a generaciones posteriores como una herramienta para conocer ritmos, cantantes y canciones. Con



el nacimiento de la televisión, se habló de su posible muerte, pero con el tiempo se ha demostrado la falsedad de esta creencia. La radio ha ido confirmando su vitalidad, sustentada en fortalezas distintas a otros medios. Una de ellas, desde luego, es la música, pues es el espacio propicio para vivirla, con sus esperanzas y azares. Porque la radio, si tuviera que continuar por alguna razón, es para permitir el azar con la música: sintonizar una estación, esperando escuchar algo, y encontrarse con maravillas no conocidas.

## Las voces

Escuchar una voz que cuenta algo. Una voz como aquella que dice “Escucha la Emisora Cultural Universidad de Antioquia”. O una voz que dialoga con otras. Escuchar esa voz familiar, que trae recuerdos, que seduce, que sale de la radio y se instala en la mente para provocar el nacimiento de la imaginación más sutil. Una voz que conversa para alguien: para ti, para mí, para nosotros. Y es que la radio, con emisoras como la de la Universidad de Antioquia, permite continuar con dos fuerzas humanas: la imaginación y el diálogo. ¿Quién, al llegar a una casa, o al subirse a un taxi, o sentado en una sala de espera, no se ha visto asaltado por una voz que narra una historia o presenta una sinfonía próxima? ¿Quién, a partir de esa voz, no se ha abandonado al viaje de la imaginación, aunque sea mínimo? Y ¿quién no ha seguido con atención, en alguna emisora, un diálogo con pasión y argumentos, respetuoso, donde una persona seduce a otra con sus ideas o la confronta? Si por algo debería continuar la radio, con emisoras como la que desencadena estas líneas, es para eso: para que las imaginaciones que aviva una voz, solamente una voz, y los diálogos extensos,

vibrantes y profundos, sigan teniendo lugar. Un lugar en el mundo.

## La compañía

Para finalizar, la radio, desde su nacimiento, ha sido una perfecta compañía en varios momentos solitarios. Muchas escenas pueden probarlo. Llegar en la noche a la recepción de un edificio cualquiera, acercarse al vigilante de turno y oír un sonido que proviene de un cuarto contiguo y pequeño. Voces, música. Solo la noche, el hombre y la radio. Ver a un joven atravesar la ciudad en un vagón de metro vacío al amanecer. Cinco y media. El joven sonríe, asiente, piensa. Por la minúscula vibración que se obtiene, se sabe que es una conversación. Solo están el tren, el joven, sus compañeros de la radio, y la mañana que se abre sin falta. Reconocer a una mujer al volante que, mientras el tráfico avanza, escucha algo en su radio: noticias, una entrevista, una crónica, un vals de Chopin, una copla del Pacífico colombiano o un poema de Meira del Mar. (Para todo esto sirve la radio). La mujer, en ese instante, solamente son sus oídos y su imaginación, y sus ojos alertas esperando el cambio de luz del semáforo. No es deleznable ese destino de ser una compañía segura, simple y encantadora en cualquier momento de los días. No es cualquier cosa lo que hace el invento llamado radio: existir para acompañar otras vidas. Razones por las que no es una exageración celebrar ochenta años de una emisora que ha sido voz y músicas. Compañía. Imaginación y sueños.

Juan Fernando Gutiérrez L.,  
periodista, integrante del Comité  
Editorial de la *Agenda* y coordinador de  
Comunicaciones del Museo Universidad  
de Antioquia. Escribió este texto para la  
*Agenda Cultural Alma Máter.*